

El espejo de Lida Sal

Miguel Ángel Asturias

Su principal mérito es que plantear metas a plazos ultralargos nos obliga, por un lado, a repensar el sentido de la historia y nuestro afán de periodizarla a conveniencia. El eurocentrismo y el imperialismo en general lucen muy pequeños e insignificantes bajo esta luz. En segundo lugar, el individualismo a ultranza también queda puesto en tela de juicio, y el trabajo colectivo en los ámbitos transnacional y transgeneracional pasa de ser un sueño utópico a un imperativo ineludible ya para los seres que se precien de racionales. La colaboración armoniosa, el respeto a las diferencias y no la gratuidad vacía de la originalidad forzada, nos hacen pensar en aquel universo ptolemaico en el que las distintas esferas giraban emitiendo tonos distintos, cada una en su lugar, produciendo la música astral. ¿No es curioso? El reloj decamilenario se parece mucho a los engranes de aquel universo "falso" del Dios relojero de los antiguos. ☺

NOTAS

La LNF tiene un buzón abierto de sugerencias sobre la forma y mecanismo del reloj, así como el edificio que lo aloje (www.longnow.org/10kclock/clockother.htm). El proyecto Rosetta extiende también una invitación abierta para los que estén interesados en colaborar (www.rosettaproject.org).

¹ Stewart Brand, *The Long Now Foundation*, www.longnow.org/about/about.htm, 1º de diciembre de 2002.

² Danny Hillis, *The Long Now Foundation*, www.longnow.org/10klibrary/library.htm, 1º de diciembre de 2002.

En un libro dedicado a Miguel Ángel Asturias, su contemporáneo y compatriota Luis Cardoza y Aragón escribe: "Se parecía a los hombres que aparecen en la Cruz Foliada de Palenque: cabeza de glifo de inclemente nariz aguileña, con atractiva fealdad hermosa sostenida por ojos voraces. Su perfil atrata, era el perfil de Guatemala, el perfil del dios del maíz. Correspondía su físico a sus textos futuros, y reparo, sin que lo indique, en que todos están basados en Guatemala". Ciertamente para Asturias su país se convirtió en fuente permanente de inspiración. Claro ejemplo de ello, entre muchos otros, son sus dos novelas (quizá entre las más conocidas) El señor presidente (1946) y Hombres de maíz (1949), con las que, al decir de los especialistas, contribuye a crear el "realismo mágico". Ni caso tiene abundar en otros libros como Leyendas de Guatemala.

Pero Asturias fue, en el mejor de los sentidos, un hombre universal. Exiliado político, pero también exiliado de cualquier prisión localista, dictó conferencias, dio cursos, escribió en periódicos y revistas de diversas partes del mundo. Así, México, América latina, Europa, África y Asia fueron escenarios, paisajes, albergues temporales que alimentaron su espíritu inquieto. Junto a esos muchos mundos, plumas, palabras y "hombres que hacen historia" ocuparon parte de sus afectos amistosos y políticos: de Pablo Neruda a Fidel Castro, de Valle-Inclán a Joyce, de Unamuno a Tristán Tzara...

En 1966, con el triunfo de Julio César Méndez Montenegro, el escritor guatemalteco regresó a su país para volver a salir de él, ahora como embajador en Francia. Ese mismo año se le otorgó el premio Lenin de la paz, y en diciembre del año siguiente viajó a Suecia para recibir, de manos del rey Gustavo Adolfo IV, el Premio Nobel de Literatura. Todavía diez años después de aquel año, Asturias siguió con una vida intensa y de amplio reconocimiento. En junio de 1974, a sus casi 75 años de edad, falleció en Madrid.

El presente texto, aparecido en la revista Universidad de México en octubre de 1967 (núm. 2, vol. XXII) es, por supuesto, parte del libro que con el mismo nombre de este artículo publicó la editorial Siglo XXI, y que anunciaría el premio que dos meses después recibiría Asturias.

Y esto ocurre en un país de paisajes dormidos. Luz de encantamiento y esplendor. País verde. País de los árboles verdes. Valles, colinas, selvas, volcanes, lagos verdes, verdes, bajo el cielo azul sin una mancha. Y todas las combinaciones de los colores florales, frutales y pajareros en el enjambre de las anilinas. Memoria del temblor de la luz. Anexiones de agua y cielo, cielo y tierra. Anexiones. Modificaciones. Hasta el infinito dorado por el sol. Pero rompamos, rompamos ya este espacio de colores

de fuego, tratando de alcanzar al tacto la dulzura de la piedra tierna que se corta para edificar ciudades, torres, dioses, monstruos, la dureza de las obsidianas, goterones de las noches más profundas, y el verde perfecto de las jadeitas. Otro tacto para las frutas. Dedos de navegaciones que rodean la redondez de cada poma enloquecida de perfume y derramada de miel. El paisaje cambia, la luz cambia, cambia el mundo de la piedra junto a las frutas tropicales, vecindad que traslada lo real,

visible, palpable a la región del oler y gustar. Nueva delicia. Para qué explicarse. Íntimas estructuras derramadas. El agua es un espejo. Alguien ha roto las historias antiguas y canta. El encuentro fortuito. La revancha. Cantar en medio de un mundo de imágenes que ya de por sí son estampas inigualables. Sólo iguales ellas mismas. Guatemala sólo es igual a ella misma. Presencias y ausencias misteriosas. Lo que calla el enigma. No hace falta leer los jeroglíficos. Se leen las estrellas. El huracán azul no ha vuelto de las edades. Tornará y entonces, edades y estilos, mensajes y leyendas nos serán comunicados. Mientras tanto, gozad, gocemos de esta Guatemala de colores, verde universo verde, herido por primer sílice caído de los astros.

La imaginación juega. Hay relieves, pirámides, templos en las ciudades apagadas. Detenerse, imposible. El vértigo sigue al instante en que sobrecogidos, extasiados, contemplamos la ciudad de Tikal. Arroyos de ruido húmedo, voces, entrechocarse de troncos, aletear de aves, que van a dar al mar inmenso del silencio. Todo palpita, vive, se desangra en verdor sobre la inmensa lámina endurecida del Petén. Sed geológica, milenaria, no de arenas o desiertos, sino establecida bajo bosques luminosos y fragantes. ¿Por qué? ¿Por qué esta pizarra que se traga el agua, negadora de posibilidades de vida para el hombre, y estos bosques de abundancia y locura? ¡Dioses! ¡Dioses! Y desde entonces todo yuxtapuesto. Sobre pirámides, pirámides. Sobre divinidades esculpidas, duchas de jeroglíficos. El arte de volver la piedra, vapor de sueño. Todo yuxtapuesto. El idioma. La cadencia. Constancia de crecimiento mineral. El ojo no acostumbrado se equivoca. Hay un rigor de muerte debajo de tanta cosa viva. Las más bellas especies animales. Los pájaros más bellos. El quetzal. Y el de la garganta con todos los sonidos musicales, el cenxontle. Las mariposas.



Calistenia de alas de orquídeas. Los reptiles de pieles de preciosas piedras. Algún cambiacoiores. Algún sueñacoiores. El pavo azul. Más allá, sólo el cielo. Hipótesis. Oh, frágiles hipótesis, antes este mundo auténtico, cambiante entre el parpadear de los días de un calendario no encontrado.

Un calendario de pasos. El calendario andante. La fábula del andar del tiempo con los pasos del hombre. Naturales, lógicos, existentes y sin embargo, habitantes de mundos de otras categorías. Los indios de Guatemala son como piezas de imaginería, bordados, esculpidos, pintados, recamados, mayas sobrevivientes de soles pretéritos, no de este sol en movimiento. Van y vienen por los caminos de Guatemala, con no se sabe qué de inmortales. Son inmortales en el sentido de que uno sustituye a otro en el tablero del mercado. Enjambres de palabras volanderas como abejas, en el trato. Frutas que prolongan su colorido en lo fastuoso de los trajes de las mujeres. Prisa, ninguna. El tiempo es de ellos. Meten y sacan las manos, en la oferta, de volcanes de granos dorados, de nubes de tamarindos fragantes, de noches de pimientas redondas y de las redondas condecoraciones del chocolate en tablillas, así como de las trementinas y hojas medicinales. Y de vuelta a los caminos, altos y ceremoniosos, dueños desposeídos que esperan el regreso del fuego verde.

Lo perdieron. Se los arrebataron. Les robaron el fuego verde y todo fue angustia sobre la tierra. Ni humedad ni atar de distancias. Cada quien murió donde estaba. La jungla, polvo. Todo polvo entre los dedos. Y el Arenal sonriente. Piedras. Ahogo. Dedos espinosos. Largos dedos espinosos. Telescopios hechos de troncos de palmeras vacíos por dentro, para taladrar el cielo, apuntar a lo alto, preguntar a los astros por el retorno del fuego verde. Suyo será entonces lo que ahora detentan otras manos. A los mayas de Guatemala les fue robado el fuego verde, la vegetación que les pertenecía, y por eso sus libros hablan del estallido de la insaciable sed. No fue todo dicho a la medida del agua, a la medida del viento. La brea guarda en memoria de vegetal cristalizado, el trasfondo de esa sed, y el grito de aquellas gentes, que son éstas que van y vienen por los caminos, los poblados, las calles, las plazas de Guatemala.

Ciudades. Otras ciudades. Más nuevas, bien que centenarias. Águilas bicéfalas, viruela plateresca y teologías. Imposible trasplantar a tierras de fiesta luminosa una religión de catacumba. Pobre España. Se llevó el vacío convertido en oro y dejó una tradición de sangre, saber y sentir que floreció en cruces y espadones sobre ciudades tan antiguas como ésta de Antigua Guatemala, cacofónica y medrosa.

Inmortal señorío. El regreso de los astros. La cerradura de la puerta del cielo en forma de cometa. Y el enigma el mismo. El enigma de la cauda de la greca que serpentea a través de templos, palacios, mansiones. Es peor la monotonía que el vacío. Romperla. Embriagarse. Embriagar los muros con las decoraciones más fantásticas. No por "horror al vacío", por horror al hastío. Frisos. Dinteles. Dentelladas. Detengámonos. Entre el grano de maíz y el sol empieza la realidad carbonizada del sueño. ☞